|  |  |
| --- | --- |
| DEL LEER LA PALABRA  EN EL GRUPO | TALLER DE LECTURA GRUPAL – PAMPLONA[[1]](#footnote-2) |

A propuesta de José León Slimobich, se puso en marcha, en Mayo de 2001, en Pamplona, un Taller de lectura grupal, experiencia transgreso­ra en sus orígenes y en su intención.

En sus orígenes, pues reunía a gentes diversas vinculadas al psicoanálisis, pero sin la condición ni el aval, de analistas. En su intención, pues se trataba de un trabajo de investigación donde ubicar el texto grupal y su lectura. En ese sentido, el grupo es tomado como hablante. El grupo habla las contingencias de lo colectivo, que no es excluyente de lo singular, lo importante es situar en qué punto el sujeto se identifica al grupo. Ningún grupo puede pretender reemplazar la tarea de un psicoanálisis.

En el Taller se trataba de introducir los conceptos freudianos y lacanianos dentro de un campo, lo grupal, mediante la vía del lenguaje. Y más precisamente, de llevar el *Paradigma del leer* en el habla, hasta el sitio del habla grupal. Llevar la palabra y lo que en ella se escribe, no al diván –sin pretender reemplazarlo–, sino a lo colectivo; aquello a lo que todos pertenecemos y para lo que nada está preparado.

En la propuesta de trabajo se decía "se trata de leer en un grupo las diferencias, los lugares, el entramado imaginario, en función de lo que el grupo postula como su objetivo, algo más allá de lo que cada cual pretende". Esto ha de ser sopesado y debe ser demostrado por el coordinador. Éste recoge lo que el grupo habla para mostrar, en lo que el grupo escribe, los modos colectivos de tratar lo que supuestamente se quiere.

El grupo se compone de seis personas, cuatro mujeres y dos hombres, de profesiones diversas, y tan sólo una de ellas es psicoanalista; actuando de coordinador José León Slimobich. Se desarrollaron ocho sesiones en torno a hora y media de tiempo. A simple vista, parece que el transcurso de las sesiones responde a un método anárquico de desarrollo. Hay abandonos, abandona quien no se somete a las reglas del juego. Se juega la partida así, pero con reglas. Lo anárquico resulta de la no autoridad, no existe en el grupo la figura de la autoridad, pero sí la autoridad del discurso, y es el discurso quien establece las normas. Normas que no están escritas en ningún soporte físico, pero que, sin embargo, los que permanecen las dan por leídas.

Un miembro del grupo tomó unas notas de algunas de las cosas textualmente dichas en la reunión. Luego, cada sesión recibió un título: Más uno, Monstruo, Bomba, Necedades, Cortesía, Retroceder. Cada uno de estos nombres quiere titular el texto escrito en las sesiones de trabajo. En cierta forma, también, de su combinatoria pueden extraerse los resultados alcanzados. El grupo dijo necedades, pero se topó con el monstruo, fue interrumpido por lo real de un bombazo, atisbó el más uno, esa desapropiación que anuda el sentido, y vaciló para retroceder al comprobar que el leer nos queda grande.

Todo transcurrió, sin duda, con cortesía. La necesaria, al menos, ante la palabra que nos hace llegar algo del Otro, la que precisa una lectura que nos devuelva humanidad. En esto, el grupo encontró algo que no es posible transgredir. Luego, cada uno de los títulos fue confiado a los distintos miembros del grupo para su elaboración.

Si han seguido la presentación, uno de los títulos que en ella se da, el de Necedades, no va a estar presente como un trabajo aislado; esto ha sido así, porque de una forma tácita y explícita, los miembros del grupo hemos considerado que ese significante se encuentra presente en todos los trabajos.

Más uno

Previamente, voy a leer las notas que se tomaron de la sesión que más tarde se tituló *Más uno*. Son, sin más, unas pinceladas de lo que se trató: compatibilizar, en el trabajo de grupo, lo serio con lo no serio, se trata de un trabajo de experiencia, no de una sesión teórica; punto central, el yo no lee; cuestión, desapropiarse del yo, ¿y eso cómo se hace?; desapropiación y mística; desapropiación y nostalgia de lo absoluto; lectura, distancia del significante, lectura de lo no dicho, de lo no oído; lectura del sujeto, quien lee es el aparato del leer; desvalorización del lector, es un más uno; el yo siempre quiere ganar algo, lo que llamamos colectividad es algo que no anda; la práctica del lector del psicoanálisis, sería una práctica sin valor; si hay efecto de verdad, hay lectura; lectura, dar lo que no se tiene a quien no es,–es decir– se trata del amor; ¿ama igual el hombre y la mujer?; la mujer es pesada, la mujer ama en lo simbólico, pone palabras; el hombre está obligado a amar.

De esta sesión, hay dos aspectos que me llamaron la atención, que me sorprendieron: el significante desapropiación y la frase "la mujer es pesada". La desapropiación como algo básico en la lectura, algo para mí totalmente novedoso. Lo entendí como una nueva posición, un nuevo lugar, que por una parte no es buscado, surge como espontáneamente. Y por otro, el atractivo de que el sujeto se desapropie, se despoje de su saber referencial, de su saber teórico, de sus prejuicios e interpretaciones, generalmente salvajes. Ponerte en un lugar, donde despojada de tí misma, surja ese “chip” que en definitiva parece ser que es la lectura. Un lugar como por detrás, por fuera del yo, complejo pero simple a la vez. Y eso me lleva, en lugar de la lectura, no sé cómo, al amor, a la diferencia de cómo aman el hombre y la mujer. O sea, el otro punto, la frase "la mujer es pesada".

Es pesada en el amor, en su forma de amar, insiste en que la quieran, pone palabras al amor, demanda amor. El hombre, sin embargo, ama en función de que es amado, está obligado a amar porque le aman. Pensando, después, cómo unir ambas ideas, me aparece algo que las liga: el despojarme, desapropiarme de mí, de mi propio nombre, Lourdes, que en francés, lourde, significa pesada. Soy pesada, la mujer es pesada.

Monstruo

Empieza la sesión hablando sobre el saber; por ejemplo, saber pintar o saber tocar la flauta. Se hacen comentarios sobre el talento, lo que uno puede saber sin haber aprendido, o cómo a veces nos admiramos de niños que pintan o tocan un instrumento. Aparecen el saber y el saber hacer, se puede establecer una diferencia entre ambos modos de saber.

El saber tiene que ver con una identificación al orden simbólico, a las directrices, y a las pautas. Por ejemplo, en el saber pintar se puede identificar a un alumno, a un modo de pintar, o a un modo de mirar determinado. Es un saber que se puede enseñar, que se puede transmitir, y por lo tanto, está en relación al yo, es el yo el que sabe.

El saber hacer es diferente. Tiene que ver con el acto de crear. No es algo que se pueda enseñar, que se pueda adquirir a través del conocimiento. A diferencia del saber, en el saber hacer el que crea es el sujeto. Se apunta en la sesión, si el coordinador, el lector, debe demostrar saber, si eso es lo bueno que tendría para mostrar.

En el caso de la lectura, se trata de saber hacer. No es una demostración, ni una explicación. Tiene que ver con el mostrar. En la lectura algo se muestra, y eso que se muestra está desligado del saber. El lector no tiene que mostrar saber, leer no es producir saber.

Surge una pregunta, ¿qué pasa cuando no se muestra algo bueno? Del significante "mostrar" aparece inmediatamente, monstruo. Mostrar algo no bueno es mostrar el monstruo, es lo monstruoso de la mostración. Se dice en la sesión que el mal, lo monstruoso, tiene un gran atractivo, siempre es más fácil hablar mal que hablar bien de alguien. Al hablar bien, se dice "no tiene interés", se agota rápidamente. Lo monstruoso atrae y, a la vez, da miedo.

En la práctica analítica, los hombres expresan ese temor a lo monstruoso como un horror a tener hijos monstruo; monstruo, que se refiere también al aspecto moral, en el sentido de que se alejen del bien. El bien y el mal, lo monstruoso y lo bello, aparecen muy cercanos, sólo tenemos que mirar a nuestro alrededor para ver cómo, ante un bien posible, se pueden cometer los atentados más monstruosos, muerte, guerra, tortura, etc. A modo de ilustración, tomaré un ejemplo de la literatura, Frankenstein. Mary Shelley, en su obra, nos muestra cómo Frankenstein, joven brillante, muy amado por su familia, educado en el amor y en los preceptos del bien, teme perder a sus seres queridos, teme perder el amor de su familia. Ante lo cual, un ideal se le impone, surge un deseo: vencer a la muerte, ser inmortal, asegurarse el amor de los suyos. El resultado, como ya sabemos, es la creación de un monstruo.

Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, nos enseña que el hombre es dueño de sus actos, ya que antes de realizarlos estuvo en su mano el hacerlos o no. Pero, Aristóteles deja afuera el monstruo, su ética es una ética del bien, de la felicidad. Los deseos sexuales no le suponen ningún problema moral porque no pertenecen al campo de lo humano, se refiere a ellos como las anomalías, lo monstruoso, la bestialidad. Deja fuera de su ética todo lo referente al deseo, simplemente, no se ocupa de ello.

Para el psicoanálisis, el sujeto aparece en falta. Es un sujeto dividido por su entrada en el lenguaje. Esa falta es la deuda que tiene que pagar por su acceso al lenguaje, al orden simbólico, al deseo. Algo es hablado en el sujeto más allá de su voluntad, algo que pertenece al campo del inconsciente, de la pulsión de muerte, del monstruo.

En la sesión se continúa hablando del monstruo. El leer muestra lo monstruoso porque tiene que ver con lo oscuro, con eso que no se dice, con el campo de la pulsión. La ética guía al lector, puesto que no se puede leer sino desde una ética, basada en los axiomas freudianos: suspender el juicio, neutralidad en la escucha, e ir tras la verdad del deseo. Por eso, Lacan va a decir que la cuestión ética en psicoanálisis se plantea en el sentido de un juicio ético: "¿has actuado conforme a tus deseos?". Se dice también, en la sesión, que la histérica crea con las palabras, y que leer pondría límite a esa creación por las palabras. Efectivamente, el discurso histérico nos da un ejemplo de esa creación interminable del significante. Frente a ello, la lectura recorta un real, viene a fijar algo a través de un sentido real que pone límite a esa creación por las palabras, porque el campo de la pulsión no se guía por el significante, sino por la letra.

Concluyo el trabajo sobre esta sesión, a la que dimos el título de *Monstruo*, señalando que ese campo, el campo de la pulsión, nos muestra que allí, donde parece que sólo está la Bella, junto a ella encontramos también, la Bestia.

Bomba

La sesión se titula *Bomba*. En la sesión que me tocaba desarrollar no es casual que no hubiera nada recogido de ese día. Digo que no es casual, porque está en lo real. Solamente eran estas líneas: "con las ventanas abiertas, se oye el estampido de lo real". Esto fue recogido, en ese día, en la sesión. No hay memoria, no hay más palabras, lo real invade. El momento que se está viviendo en el mundo es similar a lo que se vive en este pequeño mundo que nos rodea, Pamplona.

Freud advierte, en *El malestar en la cultura*: "No debe menospreciarse la ventaja que brinda un círculo cultural más pequeño: ofrecer un escape a la pulsión en la hostilización a los extraños. Siempre es posible ligar en el amor a una multitud mayor de seres humanos, con tal que otros queden fuera para manifestarles la agresión.” En otro lugar, surge la negación de lo que acontece, la censura, el cerrar los ojos.

Javier Garmendia, en *Imaginario y lógica colectiva*, capítulo *Amigos y enemigos*, dice: "Sabemos que cerrar los ojos en un instante, hace que al siguiente, haya que abrirlos con espanto."

Escucho a Slimobich: "Si un psicoanálisis vale no es para hacer cobardes. Si hay algo que el deseo no permite es hacer cobardes."

¿Cómo dar un paso para no quedar atrapados en el miedo, la censura, la complicidad del silencio, el cerrar los ojos o el desviar la mirada? La política del psicoanálisis es tener una mirada lúcida, ya que todo lo que ocurre en el mundo nos atañe como sujetos. Sujetos divididos en pos de un deseo, que poco sabemos de él, pero que apunta a que no sería posible mantenernos en la cobardía. Decir para vivir, para enfrentarnos a lo que no se puede modificar, hacer lazo social dando cabida al no todo, y a una ética basada en la particularidad de un sujeto que no elude su malestar, ni se recrea en él. Que aceptando el pacto democrático, no elude la castración y se mantiene alerta ante los acontecimientos.

Cortesía

¿Ama igual el hombre que la mujer? Se dicen cosas ante la pregunta, y una de ellas es "la mujer es pesada". Esa anotación produce extrañeza, ¿es posible que eso se dijera así, de esa manera?, Está copiado, está escrito. El coordinador apunta la lectura, *cortesía*. De inmediato, se produce una asociación, *amor cortés*, se trata de un grupo de trabajo formado por gente que a veces lee a Lacan.

“...el problema ambiguo y enigmático de lo que se trata en el objeto femenino, lo que hace que este objeto de encomio de servicio, de sumisión y de toda suerte de comportamientos sentimentales estereotipados del caballero, del partidario del amor cortés con respecto a una dama, culmine en una noción que ha hecho decir a un autor, que todos parecen celebrar a una sola persona, lo que bien entendido, es del orden de dejarnos en una posición interrogativa”. "El amor cortés, (es una) forma ejemplar de sublimación muy cercana al arte. Porque, en suma, sólo tenemos testimonios documentales esencialmente por el arte, pero que al menos, tiene el interés de ser algo cuyas repercusiones éticas, aún ahora, sentimos". Esto lo dice Lacan en los *capítulos 9* y *10* del *Seminario* *7*, *La ética del psicoanálisis*.

Sublimación, en Freud, es un concepto relacionado con el narcisismo y el ideal del yo, como intento de recuperación de una pérdida, el niño cuyo ideal era él mismo. La pulsión se dirige a un fin diferente a la satisfacción sexual, lo más importante es el apartamiento de lo sexual. El objeto queda idealizado, así pues, algo situado en la relación hombre mujer.

Lacan señala tres términos de la sublimación: el arte, la religión y la ciencia. Comparándolo con tres categorías clínicas, tres mecanismos respectivos: la histeria, la neurosis obsesiva y la paranoia. En este paradigma, el amor cortés queda emparentado al arte, es decir, a la creación artística. El objeto es elevado a la dignidad de la Cosa como objeto reencontrado, el objeto queda en relación a otra cosa.

Años después, Lacan dirá: "El objeto es una falla. La esencia del objeto es fallar". El amor cortés evita la ausencia de relación sexual por medio de la creación. Es, en sí mismo, una creación artística, una manera refinada de idealización del objeto, La mujer existe en el ideal.

Volvamos a la sesión. Un deslizamiento significante, cortesía, amor cortés, amor corto. Un amor que se queda corto para la operación de leer, ¿por qué se queda corto? En la sesión analítica del diván, el destino del amor es el amor de transferencia; en la sesión de trabajo de lectura de texto grupal hay vínculo social, ¿cuál sería el destino del amor en el grupo?

Vayamos a Slimobich, en *Lacan: la marca del leer*: "Se lee con el sujeto de la ciencia, sí, pero en tanto remite al sujeto del habla. Éste es el que recoge la traza de los antepasados. Ése que escapa en las penumbras de la historia. De este modo, el leer del analista se sitúa fuera del flujo temporal de la historia, para encontrarse en las encrucijadas donde el sujeto juega la carta ordinaria, en la repetición estructural de algo no analizado. El analista no se apropia de lo que lee, no se queda con el producto. En esto, y en pocas cosas más, su posición es la del artista.

Hace valer su lectura, no como la solución que propone, sino como aquella que viene del que habla. No es el analista el creador. El analista ocupa la posición de letra: es el desecho de la operación de creación".

Es la posición ética del psicoanálisis en el vínculo social. ¿Estaríamos obligados a amar para conseguir el supremo bien?, lo que define una posición moral. Quizá para conseguir bienes, pero en cuanto al deseo, esperen sentados. Enseñanza fundamental. Sólo con la ética es posible la lectura, el amor en el grupo tiene como destino la ética del psicoanálisis. Acción terapéutica, hay que empezar a amar para no enfermar. El significante retorna de su deslizamiento, *cortesía* no sería exactamente *amor cortés*, cortesía es aceptar que el otro va a morir. Hasta que la muerte nos separe, te amaré toda la vida.

Respeto al otro, se dice. Sí, respeto, pero diciendo las cosas. Hay quien no habla, quien permanece en silencio, ¿qué hacer? El grupo necesita de las palabras para trabajar, el objeto del análisis gira de continuo alrededor del objeto del análisis; quiere decir, que en el análisis, se gira alrededor del objeto del análisis.

En el grupo se busca, se toma algo de significación para conseguir logros, aunque estos logros se encaminen, como en el análisis, a la aparición del sujeto. En este caso, a la posible aparición del sujeto lector. Sin embargo, el coordinador señala que no se puede poner en el lugar de la demanda: pedir palabras, pedir que se hable.

*Cortesía*, aceptación de la castración en el Otro. No todo se puede decir, si el respeto implica decirlo todo, no hay respeto. El silencio preserva el lugar del imbécil, nadie anhela esa suerte, el que calla retiene, el que tiene es el que calla.

Se hace un pequeño balance de lo hecho hasta ahora en el Taller. Surgen las preguntas en torno al aprender a leer. ¿Cómo se llegó a leer *cortesía*? Ahora se puede intentar percibir el lugar del lector en esta lectura; apartándose de la risa que produce la sorpresa del recuerdo de "la mujer es pesada", de su posible connotación peyorativa, del prejuicio, del sentido, del disco que hizo empezar a girar el comentario y de la música que despide, para ir al lugar de la letra. De ahí se desprende, cae de forma sorpresiva, *cortesía*.

Por otro lado, al margen de la especulación teórica, una cosa es clara, se hizo, tuvo sus efectos. Para hacerlo, hay que tomar un poco de riesgo. Al poco tiempo, alguien del grupo arriesga una lectura y la presenta, se arriesgó. Se suceden las preguntas, ¿se puede empezar a leer?, ¿cuándo empezamos? El coordinador también pregunta, ¿alguien recuerda cuándo de niño empezó a leer?, ¿puede reproducir ese momento? Slimobich señala, en *Lacan: la marca del leer*, que la operación de leer es represión primordial, nunca se tendrá, sólo puede efectuarse cada vez. Alguien comenta que se podría decir que estamos en el a, e, i, o, u, el coordinador señala que habrá que llegar a la u. Dicho en amor cortés, al laúd.

Una cuestión final. El coordinador señala que para leer, hay que poder ir más allá del padre. El padre es el amor pleno, el que da sentido a todo, ¿podríamos decir que el Nombre del Padre es sublima­ción? Éste último punto, con aquello que se efectúa en *cortesía*, es decir, que la lectura es sexuada, y lo referido al vínculo social –sólo con la ética es posible la lectura–, podríamos decir que es el trabajo fundamental de esta sesión.

Una pequeña anotación. Hablar del amor cortés no hace olvidar que se produce en el entorno de unas *Jornadas* tituladas *Las epidemias del odio*, es la contemporaneidad a la que se siente ligada el *Taller de lectura de texto grupal* de Pamplona.

Amor y hambre, son las categorías fundamentales de las pulsiones, para Freud. Del amor abolido en el capitalismo, es necesario que surja el odio; el hambre no es la agradable sensación de quien espera la segura pitanza, sino la hambruna que asola a los dos tercios de la población mundial sumida en la guerra.

Retroceder

Hay dos ciudades que aparecen cada cierto tiempo en mis sueños: Montevideo y Granada.

Por Montevideo, donde nunca he estado durante la vigilia, suelo merodear por las traseras del palacio presidencial. Hace calor, estoy abrumado, busco un bar. No sé si la ciudad está en la costa, cumplo alguna misión.

En Granada, en la que estuve una vez posiblemente a los veintiún años, un amigo mío se mató tirándose por la ventana. Ese amigo estudiaba ciencias geológicas. En los veranos, de vacaciones, iba con él al Pirineo y él me explicaba los accidentes del terreno, sinclina­les, antisinclinales y se bañaba en lagos de agua muy fría, proceden­tes, decía, de antiguos glaciares. Era alto, pausado, muy tímido, un ser vulnerable, pero inmune al agua helada.

De pronto, en estos días, cuando debo escribir algo para estas Jornadas, sueño con él. Estoy en Granada buscándolo inútilmente. Al despertar, recuerdo perfectamente su dirección, Recogidas 21. Una dirección que llevaba muchos años en el olvido. El bisturí del sueño abre un resquicio desde el que atisbo el amigo muerto, la ciudad que no he perdonado, la noche que pasé en su casa, casi en vela, junto a una mujer que luego perdí.

Estoy despierto, con un cuchillo y una tostada en las manos. Ante la imagen del sueño, ante Recogidas 21, bajo la cabeza, retrocedo.

Desde que se puso en marcha el Taller de lectura grupal, sin un propósito claro, tomo notas de lo que se dice. En la sesión del veintitrés de Enero, se me pregunta por una lectura que hice en un Taller de escritura literaria, que dirijo a gente mayor. La lectura es *Descon­fianza*. Desconfianza es lo que se muestra en las palabras elogiosas, en la veneración que la clase se apresura a ofrecer al profesor. La lectura, dice el grupo, es restricción del goce, la lectura seca el goce, puesto que el goce estaría en la interpretación. Efecto secante, restricción, límite.

Desconfianza así, tiene trazas de ser una lectura. Ha caído sin relación aparente con todo lo dicho por los hablantes, ha cortado la deriva de un discurso, ha señalado hacia otro punto, ha creado efectos al ser propuesta. La demanda de un maestro, de paso, se ve frustrada. Tras leer *desconfianza*, no vuelvo a leer.

Cuando leemos, se dice en el grupo, luego, retrocedemos, no hacemos más lectura. La lectura, se dice también, es ir más allá del padre porque el padre es significante. Todo tiene un sentido desde el padre.

Entre los miembros del Taller de escritura, paradojas del destino, está el padre de mi amigo muerto. Es alto, pausado, tímido, un viejo afable, bien conservado. Se excusa porque no suele hacer los trabajos. "Escribir no me gusta –dice–, porque lo que queda escrito compromete".

Leer los pliegues del terreno que cualquier ojo no ve. Descubrir la huella del glaciar cuando éste no está. Sinclinales y antisinclinales. Pensarlo todo en su diferencia radical, a la vez que en su articulación imprescindible, tomar la palabra que nos viene del otro como terreno de la creación, como fragmento ambulante de una historia. Castoriadis dice que la imaginación es el origen de todo lo que puede ser representado y pensado, de todo lo que llamamos racional. La lectura, el leer en el habla, ha de enfrentarse a la impugnación de si es, o no, algo racional, algo transmisible, algo que pueda ser tocado.

El grupo quiere saber cómo hacer para ver la aparición de la letra, cómo aprender a leer. El leer, se concluye, nos queda grande. La lectura, como las artes marciales, es un poder que tenemos a condición de no usarlo. No puede ser, no debe ser, un dominio sobre el otro.

Dejo la tostada intacta y el cuchillo, sobre la mesa. Me digo, Recogidas 21, recogidas veintiuna víctimas, dice la radio, en el frente de Basora. Bien me gustaría ser valiente y volver a Granada, me digo, pero sigo aquí, en Montevideo, deambulando a solas por calles vacías. Por fin, entro a un bar y comienzo a escribir. A lo lejos, en sordina, se escucha un estampido, pero yo no me arredro y sigo a lo mío. Veintiún letras, veintiún palabras recogidas ya en el texto, veintiuna más, ya no puedo parar, ya está, es suficiente. Léase.

Extraído *de* ***Lacan: amor y deseo en la civilización del odio****,* Editorial Universidad de Granada, 2004.

1. Texto escrito por Emilio Puchol, Lourdes Olaizola, Rosa Belzunegui, Lola Ruiz Angulo y Pedro Charro [↑](#footnote-ref-2)